

# ANGULAS CAZADORES Y BICHOS

Félix Romeo Pescador

quizá algún día nos sorprenda con una novela policiaca, quizá ser abogado criminalista le haga escribir una novela policiaca, quizá porque no ejerce de abogado criminalista jamás nos sorprenda con una novela policiaca, quizá aunque ejerciera de abogado criminalista jamás nos ofreciera una novela policiaca

y hablo de *Javier Tomeo*

quizá todavía no sepa usted que Javier Tomeo es aragonés, quizá todavía no sepa que escritor, buen escritor, quizá todavía no haya leído ninguno de sus relatos (¿y no le da vergüenza?), quizá usted sea un admirador de Krügger, quizá sueñe todas las noches con Armando Duvalier o con su Dulcinea

*El cazador, Ceguera al azul (Preparativos de viaje), Los enemigos, El castillo de la carta cifrada, Diálogo en re menor, Amado monstruo, El cazador de leones, Bestiario, Historias mínimas*

es una tontería que les hable del “irracionalismo faulkneriano” que alguno le atribuye

al grano:

“Los jugadores de ajedrez” forma parte de *Historias de miopes* un libro que se publicará pronto, ¿qué pasa? ¿no le vale ya? hala, lea!

## LOS JUGADORES DE AJEDREZ

Por Javier Tomeo

—Nada de trampas— advirtió severamente mi contrincante, sentándose al otro lado de la mesa y ajustándose a la nariz la montura de sus inútiles gafas—. Mueva usted las piezas como Dios manda. No podré ver si sus movimientos son correctos, pero lo acabaré descubriendo porque mi sentido del tacto es prodigioso.

Le dije entonces que yo también era miope —tal vez con más dioptrías que él—, y que tampoco podía distinguir con claridad el tablero y la posición de las piezas en las casillas, pero que, a fuerza de ejercitarlo, mi sentido del tacto era asimismo notable.

—Así que juegue usted también correctamente—, le advertí—, o habrá bronca.

Iniciamos pues sin espectadores aquella extraña partida de ajedrez y en sus primeros compases todo fue desarrollándose normalmente. Yo jugaba con las blancas. Adelanté mi peón de Rey y él adelantó el suyo, advirtiendo que lo que yo pretendía era dominar el centro del tablero. Moví luego mi caballo de la derecha y mi rival movió también el caballo de su derecha, que quedaba, por supuesto, a mi izquierda. Previamente, para asegurarnos de que movíamos precisamente la ficha

elegida, la acariciábamos con la yema del índice, reconociendo su perfil.

En un principio, por lo tanto, actuamos correctamente. Después de una docena de movimientos empezaron las primeras irregularidades.

–Jaque al Rey con mi alfil– me amenazó inesperadamente, tras un breve resoplido por la nariz.

–¿A qué alfil se refiere usted?– le pregunté.

–Lo encontrará usted justamente detrás de su Rey– respondió.

–Eso no es posible, señor mío– protesté, pasando la yema del dedo por su pretendido alfil –Esta pieza es sólo un peón.

–Quite usted la dama de ahí o me la comeré con mi caballo– le advertí luego.

–Nada de eso– dijo él –Su caballo por mucho que salte, no puede llegar hasta donde está mi dama. Queda demasiado lejos. No se pase usted de listo.

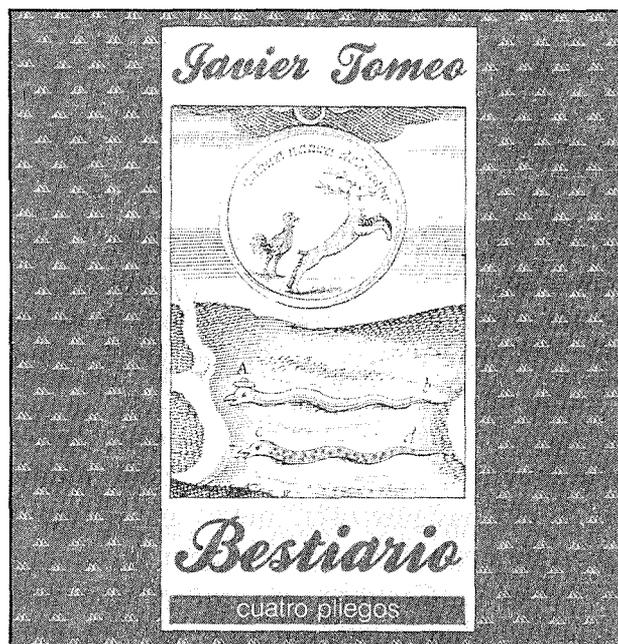
–En ese caso– insistí –me la comeré con esta Torre.

–¿Con qué torre?– exclamó, palpando mi Alfil– ¿dónde tiene esta torre sus almenas? ¿Cree usted que soy tonto?

Comprendimos por fin que no podíamos continuar en aquel clima de suspicacias y engaños recíprocos.

–De acuerdo– le dije –Olvidemos ya esta absurda partida. En realidad era sólo una excusa para ver quién de los dos era más pillo. Pero si lo que usted quiere es demostrar quién de nosotros dos es el más fuerte, salgamos ahora mismo a la calle. Nos podremos zurrar de lo lindo y veremos quién canta finalmente victoria.

–Tranquilos– intervino entonces el dueño del bar– Nada de peleas. No quiero que los clientes se peleen en la puerta de mi establecimiento. Es mejor que continúen jugando.



No tuvimos pues más remedio que seguir sentados frente a frente, uno a cada lado de la mesa, separados por el tablero. Fuimos comiéndonos recíprocamente todas las piezas (sin preocuparnos ya si lo hacíamos correctamente) y nos quedamos por fin con los respectivos Reyes.

–Tablas– murmuré.

–Tablas– reconoció.

Durante un buen rato nos mantuvimos sin despegar los labios, y sin apartar la mirada del tablero, como si realmente nos preocupase localizar la casilla exacta en la que habían quedado nuestros reyes. Al cabo de cinco minutos nos habíamos convertido por fin en dos hombres que trataban ya de disimular su impotencia, y que, en lugar de encalabrarse por un quítame allá esas pajas, aceptaban resignados a sus limitaciones.

–¿Usted cree– le pregunté, rompiendo el silencio– que nosotros fuimos alguna vez niños con ojos que podían verlo todo?

–Tal vez– susurró mi adversario, con un suspiro– Pero apenas puedo recordar cómo era entonces el mundo.

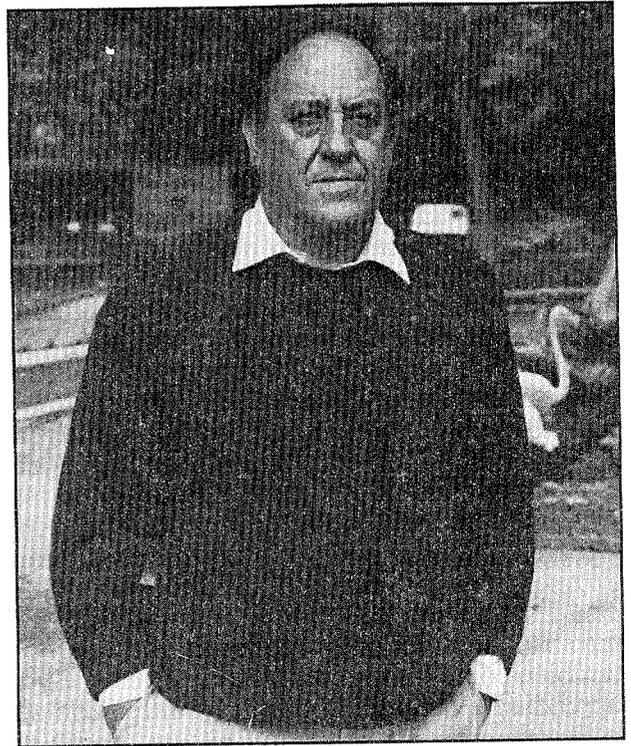
# JAVIER TOMELO: La fidelidad a los orígenes

Por Ramón Acín

"Javier Tomeo, aragonés, estudió Derecho y Criminología en la Universidad de Barcelona. Ha publicado..." Este breve fragmento, traído a propósito desde la solapa/presentación de tu séptima novela, *Amado monstruo*, viene a resumir, con holgura, todo el conocimiento que posee el lector en general sobre tu persona. Ciertamente no es necesario un mayor volumen de información. A veces, hasta se convierte en superfluo. Por otra parte, tampoco la inexistencia de tales aportaciones atenta contra la inteligibilidad de las obras. Nada más lejos. Estas suelen valerse por sí mismas. Pero, sin embargo, a mi modo de ver, existen circunstancias y aspectos, peculiares o de entorno, relativas a J. Tomeo que no sólo interesa que sean conocidas, sino que, en ocasiones, incluso podrían aportar luz y comprensión para determinados elementos compositivos de tus obras. Intentémoslo. Por ejemplo, resulta sintomático en un escritor "raro" —así se te ha calificado muchas veces— que la primera salida de imprenta llevase un título tan marginal y "raro" como *La brujería y superstición en Cataluña* (escrito en colaboración con J.M<sup>a</sup> Estadella), donde los "estudiados protagonistas" llevan el estigma de la represión/opresión que luego caracterizará a muchos de tus personajes; también resulta sintomático el talante particular que se desprende de tu otra vía creativa, es decir, de tus *Historias mínimas (Microteatro psicopático)*: brevedad y psicopatía, observen) donde reúnes más de un centenar de piezas breves, destilantes tanto de sugerencias como de rareza; asimismo interesa-sorprende ese continuo reiterar de insectos y similares que concuerdan con la existencia de tu *Bestiario* ... estas y otras posibles "casualidades", aspectos y circunstancias son las que quisiera abordar en esta entrevista-encuentro. ¿De acuerdo?

La persona y el pasado:  
una búsqueda posible.

R.- Naces en Quicena (Huesca, 1931), luego, no sabemos cuándo, te instalas en Barcelona. Un lugar y una fecha pueden y no pueden significar algo.



Pero Quicena y 1931 creemos que sí. Quizás esté tensando demasiado el hilo, pero intento observar si el absurdo, la visión solitaria, la violencia soterrada... visible en personajes y situaciones de tus novelas tienen apoyaturas ya en vivencias de tu infancia. Quicena fue línea de frente en la guerra civil y allí, precisamente, un muchacho de 5/8 años: J. Tomeo. ¿Hay recuerdos de esa infancia?, ¿Está presente esa lucha fratricida y soterrada de la guerra civil observada en tus ojos de niño o es llevar demasiado lejos las cosas?, ¿Supuso un golpe anímico para un muchacho de pueblo su traslado /ingreso en la gran urbe?, ¿Lo aragonés —y perdona por el tema/pregunta tan manido— marca? (Se me ocurre, por ejemplo, "la tozudez" de seguir fiel a una misma línea narrativa a pesar de las circunstancias adversas de tu nacimiento aragonés).

J.- Cierto. Nací en Quicena a cinco Km. de Huesca, al pie de Montearagón y a ochocientos metros de la carretera Huesca-Barbastro. Fue un nueve de Septiembre, día de San Pedro Claver. Algunas veces, bromeando, suelo responder a quienes se interesan por mi signo astrológico que soy aragonés, como si esa circunstancia tuviese más importancia, para explicar mi forma de ser, que la influencia de las estrellas. Tópicos aparte, es cierto que el lugar y el tiempo de nacimiento (que nos sitúa luego en una coyuntura histórica determinada) explica nuestra forma de ser y entender las cosas. En 1936 yo estaba en Quicena, tenía cuatro años y tal vez, sin proponérmelo, me hice entonces las primeras preguntas sobre la razón de tanto absurdo. Quicena estaba en zona republicana, Huesca en zona nacional. Las trincheras quedaban, poco más o menos, a la altura del antiguo manicomio. La carretera, poco más allá del Desmonte, estaba cortada. Por las noches se oían los "pacos", los estallidos de las bombas, que para mí sonaban como una cohetería ajena a cualquier idea de muerte y destrucción. Luego nos refugiábamos en Almunia del Romeral, en plena Sierra de Guara. Aviones de dos alas ametrallaban a los soldados que huían a Francia. Acabó la guerra y regresé a Quicena. Otros niños me mostraron entonces, en un ángulo del cementerio, los ataúdes de los milicianos muertos que enterraban de lado para que cupiesen más. Vi también cómo los chicos, algo mayores que yo, aprendían a disparar contra los buitres con un viejo mauser abandonado, en un barranco próximo a Quicena al pie de La Cobertera. Aquellos no eran buenos tiempos para los ecologistas

No sé, sin embargo, si aquella infancia (que no fue triste ni patética pues carecía aún de discernimiento para sacar conclusiones de lo que veía alrededor) pudo influir, años después, en mi forma de hacer literatura. Tendría, tal vez, que psicoanalizarme. De cualquier modo, es cierto lo que dice Mainer, me complace presentarme como aragonés. No porque ser aragonés sea, en sí mismo, una especie de patente de corso. Se trata simplemente, de fidelidad a mis orígenes. Tal vez, de vivir en Aragón, no tendría en cuenta esta circunstancia.

R.- Sigamos en torno a tu persona. Intentaré no lanzarte un aluvión de preguntas como el anterior. Tus estudios de Derecho y Criminología siempre los citas, ¿pueden rastrearse algunas características de los mismos dentro de tus novelas como, por ejemplo, en caracterización de personajes?

J.- Estudié Derecho en la Universidad de Barcelona y luego, al terminar, Criminología. La Criminología, como sabrás, no se preocupa por el delito, sino por el delincuente.

R.- Precisamente por ello te pregunto.

J.- ...Fue aquel un modo de enriquecerme estudiando las motivaciones más profundas de la conducta humana, que no sólo es consecuencia de unos factores externos, exógenos, sino también endógenos, internos, de muy difícil localización. Durante aquellos dos años conocí a mis primeros psicópatas caminando con aire inofensivo entre la multitud. Y vi que había muchos más de los que pensaba. La franja de las psicopatías, en realidad es muy amplia, linda, por una parte, con la normalidad (con lo que entendemos por normalidad) y se prolonga, por el otro extremo, hasta confundirse con la locura. Constituye un recurso literario de gran valor. Los psicópatas son, al hombre normal, lo que la caricatura al retrato. Son espejos deformantes, pero que nos permiten adivinar las verdaderas facciones del rostro humano, disimulado por el maquillaje de los convencionalismos.

R.- Ya sabemos del gran valor de la imaginación en el proceso creativo, pero también la referencialidad cuenta -incluida la personal-. Lo que acabas de decir me induce a preguntarte por ella en tus novelas ¿qué hay de reflejo tanto en la dimensión personal como del entorno?

J.- La imaginación, en efecto, es fundamental, pero sólo porque nos permite transformar y ofrecer, digerido, el plato de la realidad, que casi siempre resulta indigesta. No creo, sin embargo, que en mis novelas se reflejen, a nivel consciente por lo menos, mis circunstancias personales. Yo siempre estoy en mi trinchera personal y la mirada va más allá, a las trincheras ajenas.

El autor y la obra: Proceso de acercamiento:

R.- Vayamos con el proceso editorial de tus publicaciones y demos giro conversacional. Ahora me sitúo en lo profesoral. Cuando surge tu primera novela, *El cazador*, en 1967, el panorama narrativo español se estaba moviendo. *Tiempo de silencio* (1962) había acabado con el exceso "documentodenuncia" y los pasos se encaminaban, revueltos, hacia el polo contrario; es

decir, el típico rebote daría lugar al experimentalismo narrativo, cuyo primer aldabonazo podríamos centrarlo en 1968 con *El mercurio* de J.M<sup>a</sup> Guelbenzu. Tú, en cambio, caminas y caminarás al margen, a contracorriente, ¿cómo llegas a esa temática tan propia?, ¿Hay lecturas?. ¿influye Kafka como tantas veces se ha dicho? --aunque tengo entendido que por aquel entonces todavía no habías leído al checo--

J.- Hace muchos años mostré a un amigo algo que había escrito. Me dijo; "eso, poco más o menos (y por supuesto mucho mejor) ya lo escribió Ferreda hace cien años". Comprendí que tenía razón. Y busqué, por primera vez, nuevos caminos de expresión literaria. Y desde entonces fui fiel a esos caminos. Cuando recorrí las primeras editoriales con mis originales bajo el brazo estaba de moda el realismo objetivo. Los editores me miraban como un bicho raro, como una víctima de Kafka. Yo sigo escribiendo hoy como entonces. No siento la literatura de otro modo.

R. Buena forma de sentirla puesto que has conectado actualmente con los lectores. Sigamos ¿A qué se debe tu tardía aparición --36 años-- narrativa? ¿Tus novelas son de esta edad o pueden remontarse a años más jóvenes? La pregunta viene a cuento porque en *Ceguera azul* de ediciones Picazo se adjunta un marbete titulado "Galería de no premiados". Corresponde a una realidad o es un reclamo comercial como el lanzamiento del 72 de los de Barral/Lara junior y la "nueva novela"? ¿Qué supuso para tí el "Premio Ciudad de Barbastro"? ¿Te presentaste mucho a los premios?

J.- Sí, empecé a publicar tarde. Mis libros eran, como acabo de decirte, excesivamente raros. Y, además, no era fácil publicar. El horno de los editores no estaba para muchos bollos. Los premios eran el gran recurso de los novelistas. Pero, ¿Cómo aspirar a un premio, cómo podía yo aspirar a un premio en aquellos tiempos en los que la narrativa española sólo se preocupaba por la crítica social, inmediata, llena de referencias a un entorno local? Cualquier camino literario puede ser bueno (allá cada cual con el suyo), pero el que entonces estaba de moda no era el mío. Un pequeño editor barcelonés, Picazo, aceptó por fin la idea de lanzar una colección llamada "La Galería de No Premiados". Algo así como el derecho al pataleo literario de unos cuantos escritores malditos. Yo publiqué *Ceguera al azul*. Antes,

en ediciones Marte que dirigía el escritor Tomás Salvador, había publicado *El cazador*. En aquellos años primerizos, Julio Manegat, a la sazón crítico literario del Noticiero Universal de Barcelona, y Tomás Salvador fueron fundamentales para mi carrera, me llenaron de aire literario los pulmones, me dieron confianza, creyeron en mí.

En cuanto a premios, el hecho de que Julio Manegat y Juan Ramón Masoliver (aragonés ilustre y entrañable) formasen parte del jurado "Premio Ciudad de Barbastro", me animó a presentarme. Fue y sigue siendo el único premio literario que he recibido en mi vida. Concurrí, años después, a otro, el de Anagrama y quedé finalista con *Amado Monstruo*. Debieron acertar pues hoy la novela está traducida a siete idiomas y una prestigiosa compañía teatral francesa piensa incluso en adaptarla.

R.- Es curioso el hecho de que seas casi más conocido en Europa que en España y que incluso recientemente estés en el candelero narrativo francés con la selección de *Amado Monstruo* para el "Prix du meilleur livre étrange" junto al ensayista Peter Sloterdijk y su "Critique de la raison cynique" ¿qué sabes de ello?

J.- Nada. Todavía no sé cómo acabó —si ha acabado— este asunto, pero ya es algo haber sido seleccionado.

R.- Al ejecutar una retrospectiva en torno a tu obra y fijándonos en las solapas de tus últimas entregas, se observa que no citas algunas de tus novelas (*Los enemigos*, 1974; *Diálogos en re mayor*, 1980) ¿hay algo semejante a la renuncia o al desahucio de tales novelas?

J.- No, nadie puede renunciar completamente a lo que ha hecho. Las novelas, como los hijos, son irrenunciables. Tanto *Los enemigos* como *Diálogo en Re mayor* están ahí, son dos hitos más en mi carrera. Puede que algún día las reedite.

R.- ¿Cómo se produjo tu arribada a la "escudería" Anagrama? ¿Se piensa que tu "revival" tiene mucho que ver con el aire nuevo y rompedor que Herralde ha dado con "Narrativas Hispánicas" —con alguna que otra editorial de lí-

nea similar— al desquiciado, por desnortado, mundo de la narrativa española actual? A propósito ¿Cómo ves la novela española actual?

J.- Yo no sabía que Jorge Herralde publicaba novelas. Pensé que sólo se dedicaba a libros de ensayo. Presenté *El Castillo de la Carta Cifrada* a la editorial Argos-Vergara. Los informes fueron inmejorables, pero se consideró que, comercialmente, la novela no se sostenía. Fueron ellos mismos, sin embargo, quienes la recomendaron calurosamente a Anagrama, una editorial con auténtica vocación literaria y menos preocupada por el fenómeno comercial. *El Castillo...* fue mi primera novela traducida al alemán, holandés y francés.

En lo referente a la actual novelística, te diré que soy un pésimo lector. He leído muy pocas novelas actuales, pero parece que todo apunta a una renovación de temas y técnicas. Incluso algunos “monstruos sagrados” se apuntan ahora a lo innovativo, aunque no siempre con fortuna, porque no resulta fácil sentarse un día ante las cuartillas en blanco y decir “hoy no voy a seguir un camino nuevo”. Los caminos verdaderos, los auténticos, tienen que sufrirse, no se improvisan; exigen (como el vuelo de las palomas mensajeras) unas cuantas vueltas previas de orientación para encontrar el rumbo.

#### La zambullida técnica y temática

R.- La temática y línea escogidas —confirmadas en anteriores preguntas— desde el inicio de tu andadura literaria, te han convertido en un “raro” y tal “rareza” te llevó a la marginación hasta la aparición de la hilarante, multisignificativa y lograda *El Castillo...* ¿te sientes cómodo con este encasillamiento?, ¿A qué se debe la insistencia temática?

J.- ¿Que si soy raro? Depende, claro está, de lo que se entienda por normalidad, ¿qué es normal?, ¿lo que más abunda?. Pues entonces, no hay duda, soy raro. Ser raro, sin embargo, no es malo. Puede ser, incluso, un piropo. Quevedo decía que el sol, para hacerse estimar, no habría de salir cada día.

¿La insistencia temática? No sé, los temas me vienen impuestos por las circunstancias, alguien me los cuenta al oído, me los susurra. A partir de ese momento, yo me convierto en el instrumento ciego que trata de desarrollar ese tema “impuesto” por oscuros poderes que ni siquiera yo mismo conozco bien.

R.- Digamos que la última respuesta tiene algo de escapatoria. No obstante, volveré a la carga. Tanto en la mayoría de tus relatos como en las “historias” en torno al mundo animal, suelen salir a flote mecanismos de represión propios de toda entidad organizada...¿tiene valor simplemente ficcional o, por el contrario, crees que idénticos planteamientos se dan, soterradamente por supuesto, en la realidad? ¿Qué hay de referencia y qué hay de símbolo?

J.- Mi *Bestiario* (que, ha publicado Mondadori) está ciertamente, protagonizado por insectos, anfibios, peces e , incluso, algún mamífero. Prologa el libro R. Conte. “*Tú que conviertes a los hombres en monstruos (monstruos de soledad, de incomunicación, de deseos insatisfechos) humanizas, sin embargo, a los animales*” me dijo hace unos días. Mis insectos casi siempre, se presentan a sí mismos, nos ilustran sobre sus propias características morfológicas y sus conductas. Pero lo que yo pretendo es trazar, a través de ellos, una panorámica general del comportamiento humano.

R.- Temáticamente, la angustia, la soledad, la crueldad y la incomunicación son los aspectos más predominantes. A su lado, un conjunto de personajes oprimidos, aislados, solitarios... Frente a ellos, enemigos abstractos. ¿Forman parte de la realidad misma? ¿Es, cada vez más, el mundo, soledad e incomunicación? ¿Tus novelas son referencia o símbolo, o ambas cosas a un tiempo?

J.- Mis personajes (eso es, por lo menos, lo que intento) son seres reales, forman parte, en efecto, de la realidad. Pero son personajes quintaesenciados; lo ofrezco (tal como dije antes) en condiciones de ser digeridos plenamente. Personajes arquetípicos, con una pretensión de universalidad. Seres, por lo general, incomprendidos y solitarios, por que no deja de ser un contrasentido en estos tiempos de telemáticas y viajes a reactor que, efectivamente, el mundo sea cada vez más soledad e incomunicación. Puede que el exceso de información manipulada contribuya a la dramática soledad del hombre actual, que ha renunciado en gran parte al soporte que suponían otros valores tradicionales. Está, además, la cuestión de la densidad de habitantes por Km<sup>2</sup>. en una sociedad que todo lo cifra en el “triunfo personal” y en la competencia. Creo, sinceramente, y esto es dramático, que pocas veces, en el transcurso de la historia, al hombre

le ha resultado tan difícil amar a sus semejantes.

R.- Sin embargo, el amor, a su manera, pasea por tus obras. Háblanos de los personajes femeninos; de ese papel reservado en todos tus relatos a lo femenino y de la gradación existente en el conjunto de tu obra; es decir, madre-mujer-posesiva/opresiva (*Amado monstruo*), mujer-esposa-anodina (*Preparativos de viaje*), mujer-paciente (*El Cazador de leones*), etc.

J.- La mujer es para mí, expresión terrestre de la inmortalidad. Como decía Lamartine, en el principio de todas las cosas grandes hay una mujer. Puede que, precisamente por admirarla y desearla tanto, sea demasiado exigente. Exactamente igual que mi *Cazador de Leones*. El abismo entre lo que soñamos y la realidad es causa de profundas decepciones e, incluso, traumas, pero tal vez mi próxima novela esté protagonizada por una mujer que no sea ni posesiva como la madre de *Amado monstruo*, ni anodina como la esposa de *Preparativos...* Tal vez escriba sobre una nueva Helena de Troya, capaz de encender otra guerra de once años entre hombres enamorados.

R. Que pronto la veamos como lectores. Para finalizar este encuentro/entrevista un tanto agotador, daremos un nuevo giro a la conversación. Aparentemente característico en tus obras la estructuración a partir de una anécdota. Como si tuvieses una idea y la estiras, tensándola y tensionándola hasta el infinito. ¿qué hay de cierto?, ¿por qué te mueves únicamente en el terreno de la novela corta, en esas cien páginas de extensión como mucho?

J.- Así es, en mis novelas parto de la anécdota. Lo has dicho perfectamente. Se me ocurre una idea (alguien me la dicta al oído, insisto sobre este punto) y soy el encargado de estirla, tensionándola hasta el infinito. Una palabra me lleva a la siguiente, una frase a otra. Y el prodigio se va consumando poco a poco. Se escribe en estado de gracia o no se escribe. El escritor creativo está siempre en trance. El arte, como decía Platón, es una locura divina. Yo creo, de cualquier modo, que ese fenómeno es común a todos los escritores para quienes la novela sea algo más que un reportaje periodístico novelado.

R.- Tus novelas apenas muestran espacios abiertos -calle, etc- y por ello el

desarrollo accional sucede siempre en espacios cerrados. ¿Crees que cuadran mejor con los temas que explotas?, ¿lo cerrado angustiador equivale a la angustia encerrada en las mentes de los personajes?

J.- Vivo en espacios cerrados. Pocas veces, en una gran ciudad, el hombre se enfrenta con espacios abiertos. Es lógico, pues, que mis novelas se desarrollen, sobre todo, en espacios cerrados. Piensa que escribo siempre en una pequeña habitación y sólo con luz eléctrica, jamás a la luz del sol.

R.- Interesa esa caracterización tan concisa y precisa de los personajes -sorprenden los entreguionados o los paréntesis con su fuerza reductora- ¿Es una técnica pensada o viene después de un profundo pulido? ¿Háblame de tus técnicas?

J.- Mis novelas, como has dicho, parten de una anécdota mínima que desarrollo luego hasta el fondo. Carecen de argumento, de sólidas estructuras establecidas de antemano. Son situaciones dramáticas alargadas. Y esa circunstancia es la que determina la brevedad de mis narraciones. No puedo rizar el rizo indefinidamente. Llega un momento, por lo general alrededor de los 90 o 100 folios, en el que se impone terminar so pena de acabar despeñándose gratuitamente por el abismo de la reiteración. Esa brevedad obligada exige concisión y precisión y recurrir, como dices, a la fuerza reductora de los paréntesis y guiones. Pero, al carecer mis novelas de lo que algunos llaman gran pulmón que podría disimular otros defectos, o enmascararlos bajo la fronda de una compleja trama argumental, procuro ser muy exigente con la forma. Una vez escritas al dictado de esa voz misteriosa, son ya mías, me pertenecen completamente. Y llega, entonces, el momento de las minuciosas correcciones y perfeccionamientos que, en realidad, es un proceso alquímico en el que se tiende hacia la perfección a través de la palabra. Lo malo es que no siempre encontramos nuestra piedra filosofal.

R.- No obstante, al menos tú la has encontrado (*El Castillo de la Carta Cifrada, Amado monstruo...*) y así se reconoce con las versiones en diferentes idiomas, con tu triunfo en Francia (Teatro de los trece vientos, compañía de Montpellier, Selección "Prix du mweilleur livre étrange") y Alemania, con la conexión definitiva de tu narrativa y el lector español.